

chos decretos sangrientos de Tamerlán se firmaban teniendo, no la pluma, sino la espada en la mano. O en el combate mismo, ó poco despues del combate, quando aún no havia cesado en la sangre el impetu del bélico furor, formaba la venganza sus proyectos. No el gavinetto, sino la campaña era oficina de estas feroces disposiciones. Consta por otra parte, que ni con los voluntariamente rendidos, ni con sus propios vasallos executó jamás accion alguna, que pudiese capitularse de cruel. No fue, pues, el Tamerlán qual comunmente se pinta; esto es, una bestia feróz, que por inhumanidad, por capricho, como los Nerones, y los Caligulas, mucho menos por barbara complacencia, derramase sangre humana.

116 Su ambicion tampoco tenia el irracional desenfreno de pisar con desprecio la opinion del mundo. Quería ser usurpador, pero sin incurrir en la nota de tal. Para esto, como hicieron los mas artificiosos tyranos, coloreaba el vicio con visos de virtud. Decía, que en el mundo reynaba una total corrupcion: que estaban desterradas de él la justicia, y buena fé: que no se veían sino perfidias, y maldades, yá de unos Principes con otros, yá de los Principes con los vasallos, yá reciprocamente entre los vasallos mismos. Por tanto, como si tuviese una especial mision de Reformador del Linage humano, decía, que la Divina Providencia lo havia elegido por instrumento para castigar los malos, y poner todas las cosas en el estado debido. No era tan vano, ni tan necio, que en tan extraordinario asunto pretendiese ser creído solo sobre su palabra, antes conciliaba algun credito á aquella fanfarronada, yá con las apariencias de devoto, yá con las realidades de justiciero. Estimaba á los hombres de letras, y gustaba de su conversacion. Mostraba siempre un profundo respeto á su falso Profeta Mahoma. Trataba con especial atencion á los Doctores de aquella maldita Secta, y con singular reverencia á los que en ella gozaban opinion de virtud sobresaliente.

117 Sobre todo era observantísimo de la justicia ácia sus vasallos. Los latrocinios eran castigados sin remision, y sin distincion de personas. A los mismos Gobernadores de las Provincias hacia ahorcar, si eran ladrones, ó cometian qualquiera otra especie de tyrania con los subditos, como al mas

facineroso, y mas vil salteador de caminos. Asi en todos sus dominios arribó á un grado tan alto la seguridad, y sosiego público, que apenas havia quien pudiese especial cuidado en guardar lo que tenia. Tamerlán guardaba lo de todos. Tan indemnes estaban de latrocinios los Estados del Tamerlán, que Cheref Eddin Alí osa decir, que por ellos podía un hombre solo andar toda la Asia de Oriente á Poniente, llevando sobre la cabeza una fuente de plata llena de oro, sin temor alguno de ser despojado.

118 Es verdad, que á veces su severidad pasaba la raya, como quando á un Soldado hizo romper el pecho, por haver quitado á una pobre paysana un poco de leche, y queso. Pero semejantes acciones solo pueden calificarse de buenas, ó malas, comprehendidas, y combinadas todas las circunstancias; pues hay sin duda varios casos, en que este, que parece nimio rigor, es dictado de la prudencia. El desbocamiento militar pide muchas veces ser detenido con freno tan violento. Quando, ó yá en las Tropas, ó yá en los Pueblos es frecuente la insolencia, es menester para reprimirla mas terror, que aquel que inspira la Justicia Ordinaria.

119 Lo principal, y lo que es dignísimo de advertirse aqui, porque no he visto hasta ahora que ninguno lo advirtiese, es, que debaxo de los Principes vigilantísimos en inquirir los delitos, é inexorables en castigarlos, suponiendo, que los Magistrados, como es natural, movidos de su influxo, obren en la misma conformidad, se executan muchos menos suplicios, que debaxo de los que son algo flojos: con que computado todo, el que parece nimio rigor, en el fondo viene á ser piedad. Es facil descifrar la Paradoxa. Luego que en una República se observa, que hay extremada vigilancia en inquirir los delitos, y que averiguados no hay esperanza alguna de perdon; si no cesan del todo, por lo menos se hacen rarísimos los insultos; por consiguiente, ó cesan del todo, ó son rarísimos los suplicios. El terror concebido en las primeras execuciones reprime á todos los genios aviesos; y con cinquenta, ó cien ahorcados en el primer año de un Reynado, está hecho casi todo el gasto para mientras viva el Principe; al paso que quando son muchas las remisiones, y poco el cuidado de averiguar los reos, con-

tinuándose siempre los delitos, aunque muchos se oculten, y muchos se perdonen, en todo el discurso del Reynado viene á salir mucho mayor el numero de los ajusticiados. Destierrense, pues, de toda República esos perniciosos melindres de la piedad, que para todos, y para todo es util el que llaman rigor.

120 Añado, que la proporcion de la pena con la culpa no es una en todo el mundo. En el grado que unas Naciones son de mas duro, y resuelto corazon que otras, se debe aumentar el castigo respecto de la misma especie de crimen; porque el que basta para escarmentar á una gente tímida, es inutil para reprimir la feróz. El Tamerlán, que conocia los genios sobre quienes imperaba, sabia dár á los castigos la proporcion debida, y sería alli preciso lo que en nuestra Region se calificaria justamente de exceso.

121 Un hecho particular muestra bastantemente, que tenia discrecion en los castigos, y que no llegaba sin bastante causa á las ultimas extremidades. Un Oficial, que solia servir muy bien en la guerra, se portó cobardemente en cierta ocasion. Del espíritu marcial de Tamerlán qualquiera discurrirá, que le mandaria cortar la cabeza. Muy atrás se quedó la satisfaccion. No le costó sangre alguna al culpado su delito, exceptuando la que la vergüenza sacó al rostro. Hizo que le afeytasen, y vistiesen como muger, y en este trage le expuso un rato á la irrision del Exercito. En un Principe Européo se celebraria el gracejo, y aun la clemencia.

122 Por otra parte en el trato comun era dulce, agradable, y entretenido. Lo que le pasó con el Poeta Ahmedi Kermani hace manifesto, que en las conversaciones con sus vasallos era mucho menos delicada, ó mucho mas humana su soberanía, que lo es comunmente la de los Principes mas pacíficos. El mismo Poeta lo cuenta en la Historia de Tamerlán, que escribió en verso, y la qual cita Mr. Herbelot.

123 Hallabase un dia Tamerlán en el baño, acompañado de muchos Señores de su Corte, y del mismo Ahmedi Kermani. Tamerlán, que gustaba de sus agudezas, porque era de festivo, y desembarazado espíritu, le propuso, que los divertiese á él, y á aquellos Señores con algun discurso placentero. Dixole Ahmedi, que Su Magestad le determinase

el asunto. Sea asi, prosiguió Tamerlán: hazte, pues, cuenta Ahmedi, que estamos en una feria, y que todos los que se hallan aqui vienen á que los compren en ella. Tú has de señalar el precio, y valor justo de cada uno, á fin de que se regule por él la venta. Sobre esta propuesta fue Ahmedi discurriendo por todos los Proceres presentes; y determinando con gracejo, y donayre lo que valia éste, lo que aquel, lo que el otro. Viendo Tamerlán, que solo de él no hablaba, le reconvino, con que tambien él estaba puesto en venta, y asi que le señalase precio. En verdad, señor, respondió sin embarazarse Ahmedi, que V. M. valdrá muy bien hasta treinta Aspros (son monedas del Oriente de cortisimo valor). Qué dices, Ahmedi? replicó Tamerlán: muy mal has echado la cuenta; pues los treinta Aspros ya los vale por sí sola esta servilleta, con que estoy ceñido. Ah, señor, (ocurrió prompto el Poeta), que en atencion á la servilleta he señalado yo todo ese precio: que lo que es por la persona, apenas la valoraria en dos ovolos. Bien lexos de ofenderse Tamerlán del gracejo, gustó tanto de él, que le remuneró al Poeta con un buen regalo. Pregunto, si este rasgo de su vida dibuja á un feróz tyrano, ó antes bien á un Principe afabilisimo. Estas menudencias domesticas suelen descubrir mejor la indole de los Principes, que las grandes operaciones, ó politicas, ó militares; porque en estas casi siempre se mezcla mucho de ostentacion, y estudio: en aquellas obra puramente la naturaleza.

124 Tampoco le faltaba modestia, que, aun quando fuese precisamente aparente, califica, yá que no su virtud, su discrecion; é igualmente que la verdadera desmiente lo que se dice de su barbara jactancia. Estando una vez en conversacion con un Dotor Mahometano, á quien havia hecho prisionero, le dixo: Dotor, tú me vés aqui qual yo soy: Yo no soy propriamente mas que un misero hombrecillo, ó medio hombre; no obstante he conquistado tantas Provincias, y Ciudades en la Iraca, en las Indias, y en el Turquestan: todo esto lo debo á la gracia del Señor, y no ha sido culpa mia haver derramado tanta sangre de Musulmanes. Yo te juro, y protesto delante de Dios, que jamás emprendí guerra alguna de proposito deliberado contra vosotros; antes vo-

142 APOLOGIA DE ALGUNOS PERSONAJES, &c.
sotros mismos haveis provocado mis armas, y causado vuestra propia ruina.

125 En esta máxima de representarse provocado, y que no movia las Tropas á alguna empresa por ambicion, sino por necesidad, fue siempre consiguiénte. En efecto, no fue tan injusto, como ordinariamente se figura. Husein, Rey de la Transoxana, que fue el primero á quien despojó de sus dominios, no fue invadido, sino invasor de Tamerlán, añadiendo á la injusticia la circunstancia de ingratitud, porque havia recibido de él singulares beneficios en algunas expediciones militares. Los demás Principes, de quienes triunfó, eran por la mayor parte usurpadores, y poseían mas iniquamente lo que les quitó Tamerlán, que el mismo Tamerlán; pues aquellos lo usurparon á sus legitimos dueños; éste á unos ladrones. Contra Bayaceto tambien se movió provocado; pues éste, antes de padecer la menor hostilidad de Tamerlán, exerció algunas, yá sobre sus vasallos, yá sobre Principes aliados suyos. A que se añade, que varios Principes desposeídos por Bayaceto, y con ellos el Emperador de Constantinopla, imploraron el favor de Tamerlán contra el enemigo comun: que sobre esto Tamerlán le hizo una embaxada, para reducirle á la razon; á que Bayaceto respondió, no solo con repulsa, mas con desprecio.

126 Lo mas considerable es, que á los Principes, que voluntariamente se le sometieron, por evitar el rigor de sus armas, dexó en la pacífica posesion de sus Estados. Esta felicidad lograron el de Kurt, el de los Sarberianos, el de Mazanderan, el de Schirvan, y otros muchos: mas para esto era preciso no esperar á que las Tropas triunfantes de Tamerlán avistasen sus muros.

127 La insolencia, que le atribuyen con los Principes prisioneros, carece de todo fundamento. A Husein, no solo le concedió la vida, mas le permitió que se retirase á vivir con quietud donde quisiese. La imprudente desconfianza de este infeliz le ocasionó la muerte; pues escondiéndose poco despues fugitivo en una gruta, un paysano encontrandole le mató. Asegurase, que Tamerlán lloró al darle esta noticia. Si fueron sinceras, ó afectadas aquellas lagrimas, será un problema, como el que hay sobre las de Cesar en la muerte de

Pom-

Pompeyo. Aun quando fuese fingido aquel llanto, prueba por lo menos, que Tamerlán procuraba salvar las apariencias de clemente, y compasivo, lo qual es incompatible con lo que corre en las noticias vulgares de su torpísima, y nada disimulada fiereza.

128 Restanos el capitulo mas ruidoso de la historia de Tamerlán, y donde se desvian infinito de la verdad todas las historias, que se han escrito en Europa, que es la prision de Bayaceto. Este desdichado Monarca, á quien la multitud, y rapidéz de sus conquistas dió el sobrenombre de *Gilderin*, que significa *Rayo*, despues de ser el terror de Europa, y Asia, despues de innumerables triunfos, yá sobre los Christianos, yá sobre Principes Asiaticos confinantes de sus Estados, fue miserablemente derrotado, y hecho prisionero por Tamerlán en una gran batalla, donde, asi en uno, como en otro Exercito, se contaban por centenares los millares de combatientes. En este hecho no hay la menor duda. La quèstion gyra sobre el resto de la tragedia. Todos nuestros Escritores unanimes refieren, que Tamerlán, luego que tuvo en su poder al Monarca Othomano, le hizo meter en una jaula de hierro, donde, como á un perro le sustentaba, tirandole, puesto á los pies de su mesa, algunas sobras de su proprio plato: que solo le sacaba de la jaula para que le sirviese de poyo, ó banquillo, firmando el pie sobre sus espaldas, quando montaba, ó desmontaba del caballo: que en este misero abatimiento vivió algun poco tiempo Bayaceto, hasta que despechado, con repetidos golpes se rompió la cabeza contra los hierros de la jaula. Algunos Autores añaden una circunstancia de mucho bulto, que no he leído en otro Autor alguno, y ellos tampoco le citan; esto es, que Tamerlán se hizo servir á la mesa por la muger de Bayaceto desnuda á vista del mismo Bayaceto; y que el rabioso dolor de ver un objeto mucho mas terrible para él, que la misma muerte, fue quien le reduxo á la extremidad de quitarse la vida.

129 Apenas especie alguna se halla derramada en tantos volumenes, como la del misero abatimiento, y desgraciada muerte de Bayaceto; pues demás de las innumerables historias donde se lee, apenas hay libro de reflexiones Ethicas,

6 Morales, que llegando al lugar comun de la inconstancia de las cosas humanas, y rebeses grandes de la fortuna, no ponga por exemplo capital, y máximo á Bayaceto, precipitado desde el mas soberbio Sólío del mundo á los pies de la mesa, y del caballo de Tamerlán.

130 Sin embargo, esta admirable catastrophe es fabulosa, y entre tantas injuriosas imposturas, con que se ha manchado la historia de Tamerlán, debe ser comprehendida, y borrada la de haver tratado tan indignamente á un tan gran Monarca como Bayaceto. Mr. Herbelot, gran voto en esta materia, dice, que en ninguno de los Autores Orientales, comprehendiendo aun los que eran enemigos de Tamerlán, se lee la especie de la jaula de hierro, exceptuando una Chronica Othomana muy moderna, traducida por Leunclavio, donde se hace mencion de ella. Este testigo es de ningun peso, yá por ser unico, yá por ser de partido opuesto á Tamerlán, yá por su ninguna antigüedad; y acaso el Turco, Autor de aquella Chronica, tomaria aquella especie de los Europeos. Los Autores fidedignos, que examinó Herbelot, refieren la cosa tan al contrario, que antes aseguran, que Tamerlán dió todo genero de buen tratamiento al Monarca Othomano: que le convidó á su propia mesa: que hizo erigir para su habitacion una magnífica, y régia tienda: que procuró divertirle, y obsequiarle con varios festines: que en las conversaciones, que tuvo con él, intentaba consolarle filosofando sobre la vicisitud de las cosas humanas: que en fin Bayaceto murió naturalmente de una fuerte esquinencia (otros dicen apoplexía), y que Tamerlán sintió su muerte, protestando, quando le dieron la noticia, que su ánimo era restituírle al Trono de sus mayores, despues de restablecer á todos los Principes, que Bayaceto havia arrojado de sus Estados.

131 Esta benignidad de Tamerlán con Bayaceto tanto es mas recomendable, quanto es cierto, que de parte de Bayaceto havia sobrados meritos para ser tratado con mucho rigor. Este era un Principe tyrano, cruel, violento, en sumo grado altivo, y despreciador de todos los demás Soberanos de la tierra. Qué exceso havia en que quien, con el derecho de la guerra, le havia hecho subdito suyo, casti-

ga-

gase tantas usurpaciones, tantas insolencias como havia cometido, entre ellas la de hacer degollar en su presencia á sangre fria á mas de seiscientos Caballeros Franceses, que havia hecho prisioneros de guerra? Qué pena mas proporcionada para la orgullosa altanería de quien pretendia hacer esclavo suyo á todo el Orbe, que tratarle como un delinquente, y vil esclavo, cargandole de cadenas, aprisionandole en una jaula, y humillar, para escarmiento de otros, su altivéz, haciendo de sus espaldas poyo para montar á caballo? Sobre estos capitulos deben contarse como meritos de especial nota, para ser maltratado por Tamerlán, las injurias, que en particular havia hecho á éste: invadir sus vasallos, y Aliados, hablar de él ignominiosamente, tratandole de ladron, y hombre vil, lo qual dicen havia llegado á noticia del injuriado; en fin, responder con desprecio á una carta razonable, que le havia escrito Tamerlán. Bien considerado esto, nadie deberia estrañar, que un vencedor, que seguia, no las máximas dulces del Evangelio, sino las sangrientas del Alcorán, practicase con el vencido todo el rigor, que se ha esparcido. Y siendo cierto, que el tratamiento fue tan bueno como diximos, en vez de acusar su severidad, hay lugar para reprehender como nimia su clemencia, donde se debia dár algo á la justicia.

132 Para añadir algo de supererogacion á favor de Tamerlán, advierto, que muchos de los Autores, que dán por cierto el mal tratamiento hecho á Bayaceto, confiesan, que éste le dió un motivo especialísimo, aun despues que cayó en sus manos. Dicen, que Tamerlán le preguntó: Qué hiciera con él, si la suerte se huviera trocado? A lo que aquel Principe, desenfadadamente feróz, y desabrido, respondió, que si él huviera vencido, y hecho prisionero á Tamerlán, le cargaria de cadenas, le meteria en una jaula de hierro, y se serviría de él como de taburete, para montar á caballo. Sobre tan grosera, y barbara respuesta, decretó al punto Tamerlán se executase lo mismo con Bayaceto. Raro Principe se hallará tan piadoso, que á una provocacion tan irracional no tomase el mismo genero de satisfaccion.

133 Por lo que mira al torpe ajamiento de la muger de Bayaceto, aunque son muchos los Autores, que le afirman,

no pongó duda en que es fabuloso, pues sobre el silencio de los Autores Orientales, es prueba fuerte de la suposición el de Chalcondylas, que de todos los que escribieron las cosas del Tamerlán, es el mas antiguo entre los Européos, y le faltó muy poco para ser contemporaneo de aquel Principe. El silencio, digo, de Chalcondylas es argumento, no solo negativo, sino en alguna manera positivo de la suposición de aquella especie; pues sin ocultar la injuria hecha por Tamerlán á la muger de Bayaceto, la dexa en grado mucho mas tolerable. Lo que dice precisamente es, que le mandó el Tamerlán servirle la copa en la mesa, en presencia del mismo Bayaceto: *Jussa est in conspectu mariti sui vinum infundere*. Callaria este Autor Griego la gravissima circunstancia de la desnudéz, que acrecienta infinitamente la injuria, si fuese verdadera? Es claro, que no. Asi tengo por cierto, que la desnudez fue invencion de algun Autor posterior á Chalcondylas, que habiendo leído en éste la especie de servir la copa, quiso dár con aquella circunstancia un altísimo realce á la tragedia de Bayaceto, por hacer mas espectable la historia. No apruebo la accion de Tamerlán, aun en el grado en que la pone Chalcondylas; pero es infinitamente menos reprehensible, y aun acaso muy disculpable, si se atienden los grandes motivos, que la barbarie, altivéz, y fiereza de Bayaceto havian dado al Tamerlán, para que éste se empeñase en humillarle.

134 De todo lo que hemos dicho se infiere cómo debemos caracterizar á Tamerlán. Fue este un Principe, que tuvo, como todos los demás grandes Conquistadores, que carecieron de las luces de la Fé, mucho de malo, y mucho de bueno: Guerrero insigne, Politico profundo, observante zelador de la justicia con sus subditos, con los estraños justo unas veces, otras injusto, yá compasivo, yá cruel; pero su genio mas inclinado á lo primero, que á lo segundo, pues los enormes derramamientos de sangre, que executó en una, ú otra ocasion, no provinieron de una indole feróz, y desapiadada, sino yá de un raptó ciego de cólera, yá de una establecida máxima, que, á pesar de la humanidad, havia dictado á su ambicion su politica.

135 Con todo, no pretendo, que la Apología, que he

hecho por este Principe, no sea capaz de réplicas. Basta-me que lo que he dicho sea lo mas probable; y aun me basta que sea solamente probable, para exonerarle de la pública infamia que padece, pues á nadie se debe quitar el honor, sin preceder certeza del delito (a).



FABULA DEL ESTABLECIMIENTO DE INQUISICION EN PORTUGAL.

DISCURSO III.

§. I.

1 Esta es otra tal que la de las Batuecas. A portentosas quimeras dá pasaporte la credulidad de los hombres: y lo peor es, que quando la multitud conspira en franquear

K 2

(a) EMPERADOR CARLOS V.

1 MUY lexos estaba yo, quando escribí el Discurso, que representa el titulo propuesto, de pensar que debía colocarse en él el glorioso Carlos V; no porque ignorase entonces una atroz calumnia, con que algunos quisieron obscurecer su ilustre fama, sino porque juzgaba: lo uno, que se havia estendido poco la noticia de ella: lo otro, que entre la gente de alguna razon solo havia logrado el merecido desprecio. Digo, que estaba en esta fé, hasta que llegando poco há á mis manos el duodécimo Tomo de las *Causas Célebres*, ví estampada en él la impostura con no leves apariencias de que el Autor de esta Obra le dió algun credito; y como sus libros corren hoy con grande aceptación por toda la Europa, es de creer, que, tomando un gran vuelo, se haga error comun la calumnia; lo que me constituye en el derecho, y aun en la obligacion de impugnarla.

2 No hay hombres mas expuestos á la detraccion, que los que

son